

Un verdadero jardín

Maribel PEÑALVER VICEA
Departamento de filologías integradas
Universidad de Alicante

de Hélène Cixous

El texto que aparece a continuación es la traducción de *Un vrai jardin* de Hélène Cixous, escritora y filósofa francesa cuya prolífica obra cuenta con más de sesenta libros.

Hélène Cixous (Argelia 1937) fundó en 1974 el primer *Centre de Recherches d'Etudes Féminines* en Europa. En este centro, ubicado en París VIII, imparte hoy aún sus Seminarios de Literatura Comparada.

Nace en Orán en el seno de una familia judía de fecundo mestizaje: raíces argelinas y españolas (por parte de su padre), alemanas: y húngaras (por parte de su madre). En su casa se habla francés, árabe, alemán, inglés, español. Quizá la mezcla de varias lenguas es lo que ha producido en la obra de Cixous esta alquimia explosiva de la palabra. No obstante, su nacionalidad, como ella dice, es "literaria".

La escritura de Hélène Cixous estará marcada por una serie de elementos autobiográficos: su madre, Eve, viuda muy joven. Georges Cixous, médico, que investigaba sobre la tuberculosis, muere de esta misma enfermedad a los 39 años.

La familia de Hélène vive la guerra de independencia de Argelia: Eve Cixous, comadrona, y su hijo son detenidos por los argelinos. Finalmente es expulsada de Argelia.

A partir de 1954 Hélène se trasladará a París, donde reside desde entonces.

En 1968, Hélène Cixous defiende su tesis sobre Joyce. En este mismo año crea la revista *Poétique* junto con Genette y Todorov.

En 1969 recibe el premio Médicis por *Dedans*.

Hélène Cixous, que participa actualmente como invitada en numerosos coloquios y conferencias sobre su escritura por todo el mundo, ha recibido hasta hoy siete honores Causa.

La guerra de Argelia, la muerte del padre, y otros acontecimientos serán llevados a la ficción por Cixous reflejándolos a través de otros destellos intelectuales del pasado: Freud, Kafka, Rimbaud, Rousseau, Clarice Lispector, Derrida... Lo más bello en Cixous es precisamente poder descubrir en cada palabra. estas *chispas perfumadas* que salpican su lenguaje.

La belleza de la obra de Hélène Cixous reside en una conjunción de voces que despliega en su impactante escritura anfibológica, rica y desbordante de metáforas, juegos de palabras, neologismos y todo un estallido, como ella misma diría de "excrementum" poetico que nos pone a más de uno la carne de "gallina"''.

UN VERDADERO JARDÍN

A Omi

Penetré sin desconfianza, era un verdadero jardín; desde la reja se veía que la tierra existía. Después la reja se cerró lentamente y estábamos en el jardín. Fuera y bastante lejos, la gente iba a la guerra. Algunas bombas caían y sacudían las telas de las tiendas de campaña. Hacía mucho tiempo que ya no lo llamaban el cielo porque desde aquí abajo se veía desgarrarse y desflecarse por las paredes. La tierra olía bien.

Yo tenía un nombre. La ciudad tenía un nombre, y todo el mundo tenía uno excepto el jardín que se llamaba solamente el jardín porque no había más que uno. Como nadie me llamaba, mi nombre terminó por caer en desuso. Durante un cierto tiempo, durante algunos años: lo pronuncié en voz alta unos días, por si las cosas cambiaban y por si la gente comenzaba a hablarse de nuevo. A decir verdad no tenía fe en ello pero una oscura fidelidad me dictaba sus leyes. Así que nunca confesé en voz alta que era feliz por haber penetrado en el jardín que precisamente no tenía nombre y además de los coleópteros, los lepidópteros, los guardias de las avenidas las sirvientas y los niños, yo estaba solo.

No siempre había estado solo, debía haber estado con alguien, posiblemente incluso dentro, puesto que yo tenía un ombligo en medio del vientre, visible a simple vista: pero quizá no fuera un ombligo, ya no estaba seguro desde que una sirvienta había dicho al pasar delante de mí que los guardias no deberían soltar semejantes guarrerías, y ésta me puso la punta de su paraguas en el ojo de mi ombligo diciendo esto, y me imprimía pequeñas sacudidas pivotando en toda mi extensión; me había hecho daño físicamente y mentalmente; guardé un pequeño dolor lancinante en mi cosa y sobre todo una insoportable duda que terminó por infectar mi universo entero de derecha a izquierda y de abajo arriba, así como mi mar de ideas a lo largo de todos los tiempos.

¹⁹ La palabra *poule* es una de las intenxualidades que pasea Hélène Cixous a lo largo de su obra con referencia a la producción literaria de Clarice Lispector.

Como no me acordaba de haber estado en otro sitio, de lo que había ocurrido fuera, ni de lo que había detrás de mí en el momento en que entré en el jardín. y como a parte del ruido de la reja que podía recordar a mi voluntad, no oía nada más e incluso nada excepto de vez en cuando las bombas y a las sirvientas así como los pequeños sofocos de la tierra, empecé a temer lo peor: en un mundo en el que podían tratarme así, debía esperármelo todo. Ya no osaba recordar que había tenido un nombre, por miedo a no acordarme y a que fuera precisamente un nombre de guarrerías o cualquier otro nombre que me hubiera incluso empequeñecido. Ya no osaba pensar ni en mí ni en las sirvientas. volvía a ver siempre el paraguas que se inflaba bajando sobre mí; y quería esconderme pero no podía moverme lo bastante deprisa, después era demasiado tarde, y oía a la sirvienta. Si no hubiera estado el paraguas. habría creído que ella hablaba de otro. pero era seguro de mí sobre quien había dicho eso, pues debiera haber escuchado hasta el final ya que estaba como clavado en el suelo. Para añadir un detalle a lo horroroso de mi situación, esta enfermera se mantenía de pie como un clavo a pesar de que su volumen blanco ocupaba todo mi campo ocular y yo tenía los ojos cubiertos de su opacidad lechosa.

Atribuyo esta circunstancia al agravamiento de mi miopía, pero quizás me equivoque, nunca he podido ver claramente a las personas. Mi miopía es selectiva: distingo a la perfección las líneas, las perspectivas, los objetos en el espacio o aislados incluso tengo una visión fotográfica de las plantas y de los insectos. Es la gente a la que veo mal. quierodecir a los seres humanos, aunque pueda ver la diferencia entre las sirvientas de blanco, los guardias de azul y el montón de niños que son más pequeños que los blancos y los azules, y de colores más vivos y variados.

Para ir al grano, empecé a dudar tan tristemente que me puse a lamentar el haber olvidado mi nombre. después como veía cada vez menos, empecé a pensar en el futuro, en fin como ya nadie me llamaba y ni siquiera ninguna "guarrería", nada de nada, empecé a sentirme solo. Me puse a pensar en las bombas, en fuera, en lo que había debido haber detrás de mí cuando yo estuve delante de la reja del jardín; me puse a desear y a creer. Después a rezar. Como no conocía ninguna oración, me inventé una. Era una oración simple, y para reforzarla ofrecía a veces sacrificios, tal y como veía a los niños hacerlos: cogía un montoncito de patas de saltamontes y de alas de mariposas, que disponía en forma de flores, con las patas para estambres y las alas para pétalos y rezaba: "Ven, ven, ven a buscarme a buscarme a buscarme señor gracias por favor ven ven". A veces chupeteaba un saltamontes rezando, y esto calmaba mi impaciencia. Vanitas. ¡Cero!

Un día un guardia que pasaba delante de mí dijo a su co-guardia (vigilaban todo y se vigilaban recíprocamente): "¡quítame esto de aquí!". Me dio menos pena que la enfermera, en primer lugar porque no era la primera vez que se me despreciaba, en segundo lugar porque sé por experiencia que los guardias tienen un lenguaje mediocre. Si yo fuera "eso", eso no quería decir nada, podía ser cualquier cosa. Además no me habían tocado ni apartado, por lo que quizá no era de mí de quien se trataba.

Sin embargo me obligué en mi fuero interno, a reconocer el proceso de regresión. Apenas estaba aún al margen del reino animal, me rechazaban ahora en lo indefinible. Hubiera podido probar mi existencia y mi valor si lo hubiera querido. y posiblemente lo hubiera hecho ya sea a viva voz ya sea redactando una carta de protesta, lo que me tentaba pero me molestaba también pues no sabía cómo firmar, pero de todas formas no tardé en balancear durante mucho tiempo cuando constaté enseguida que yo era no la consecuencia directa de un hastío sino el pretexto de una riña entre dos seres que sin duda alguna nunca me habían mirado. Como no se atrevían a enfrentarse uno al otro con sus porras por miedo a hacerse daño, los guardias ejecutaban maniobras psicológicas y yo no era más que un peón en su tablero.

Todas las mañanas lo mismo: "levántalo o me lo zampo lo que me había aterrizado en primer lugar y después poco a poco dejado helado, en fin, en la intersección de la indiferencia. me había dado la idea de vengarme haciéndoles creer que iban a venir pronto a buscarme, lo que les privaría de mi intermediario. Tuve el placer de decirles a la cara y de verlos que por fin me miraban. Hay que tener en cuenta que yo había preparado la ofensiva durante varios días y cada una de mis palabras estaba colocada y unida a las otras en una mezcla calculada de ironía y de desenvoltura. Declaré: asegúrense, señores guardias, que yo procuraré más que me pese presentarme a ustedes fuera de vuestro horario de trabajo. por motivos de orden profesional incluso si me parecen urgentes. Créanme que yo mismo lo apartaré de aquí, y que en ningún caso me hubiera retrasado si mi padre no hubiera tenido que venir a buscarme pronto". Si me hubieran suplicado que me quedara. me hubiera ido sin prisa. Pero no tuvieron tiempo y yo tampoco. Un corro de sirvientas de blanco se apelotonó correteando entre ellos y yo. seguidas de una fila de niños que chasqueando y silboteando las lapidaban. Si me hubieran apuntado hubiera gozado recogiendo las chinas más cercanas; pero no me habían reconocido. Iba a entríteceme, cuando los dos guardias se pusieron a gritar tendiendo los cuatro brazos en todas las direcciones: "¡aquí está! ¡aquí está!" Mientras tanto mi declaración había surtido su efecto tanto en mí como en ellos: cuando les había dicho que mi padre venía a buscarme no me lo creí. "Padre" era una metáfora. Pero lo había dicho con tan ricas palabras que habían tomado mi declaración al pie de la letra y se habían puesto a vigilar no sólo el jardín y a ellos mismos recíprocamente sino también los parajes. A fuerza de vigilar habían terminado por creer verlo llegar. Donde, por aquí, no por aquí, no por allí no por aquí, por aquí por aquí por aquí, en una palabra por todas partes. De ahí la rotación de sus troncos. de sus brazos, y la imprecisión de sus informaciones.

En todo caso ellos creían verlo. Creí que era mi deber creerlos. No podía fiarme de mis propios ojos ya que más allá de mis manos tendidas el espacio me aparecía como un paño de yeso aún fresco. No estaba ni siquiera seguro de que eran las sirvientas a las que había oído pasar, ya que no había podido ver más que huevos blancos sin rostro que rodaban a dos metros de mí. Su convicción aumentaba: aquí está, gritaban. La mía se acrecentó. yo estaba preparado. "Haré todo lo que pueda", dije. A fuerza de creer me puse a ver. mal pero mejor. Tu padre te espera, ve deprisa, ve deprisa gritaban con firmeza. Me puse a correr por prudencia y obediencia, y mientras corría tuve tiem-

po de pensar que si mi padre me esperaba, no era porque yo lo había dicho sino más bien lo había dicho porque presentí su llegada. Corrí mucho tiempo porque veía mal. Pero como tenía confianza. me dejé guiar por el instinto. Pasé delante de un banco de sirvientas. Aplaudían y decían: ve, ahí está, lo ves es él sentado en el talud, es él!!!. No lo veía pero creía a las sirvientas. Además era un tanto evidente.

Alcancé el talud; llevado por el impulso, la esperanza, la creencia, la fatiga, la curiosidad, me desplomé. con los brazos abiertos y mis ojos también. Estaba boca abajo en el talud que no era blanco sino ocre, visto de cerca. Para encontrarlo decidí trepar abriendo los brazos para abrazar la mayor superficie posible. Estaba un poco enfadado porque no había venido a mi encuentro pero él debía estar enfadado conmigo por retrasarme así. Estaba tan ocupado intentando trepar que no oí el silencio hasta su fin. Además experimenté un cierto placer al sentir que la tierra me frotaba el vientre y los órganos.

En fin vi la oscuridad muy cercana, me lancé arriba en un común acuerdo de cada célula de mi organismo con la fuerza de la inocencia y apreté las rodillas regordetas caladas de negro de una niñera desconocida. "Lo tengo" gritó abriendo sus muslos y caí dentro.

Una gran risa sacudió la tierra. Todos se rieron fuerte. Experimenté una pena repentina. Me hubiera gustado tanto que las sirvientas me mimaran. En su lugar yo lo hubiera hecho. Aquella debajo de la que yo estaba se reía tan opulentamente que prorrumpía en risa y se reventaba ventoseando. Era una sirvienta gorda.

Incluso a mi mismo me daba mucha pena.

Entre los muslos no había nada. Creí ver un hueso blanco, eso es lo que pensaba. Por otra parte todo me daba igual, ni siquiera podía quejarme, hasta me sentía bien. y poco después mejor. Debajo de las rodillas vi el grano de la tierra. y me sentí como en mi propia casa.

Quise reír yo también para hacer como ellos, pero no me salió. Entonces los escuché a todos. Una larga risa. De vez en cuando una bomba, pero era quizás la risa de la gerra.

Al día siguiente reían aún. La costumbre. Reposo, Tierra. Reposo, Tierra. Reposo. Menos ideas. Nada de tiempo. Excepto el tiempo de la tierra. Más emoción, excepto una: odio a las sirvientas.

Algunas distracciones de vez en cuando como escuchar las bombas, mirar entre las piernas de las niñeras, o mejor cuando la ocasión se presenta robarles un niño cortarle una pata antes de devolverlo. o hacer que una curiosa niña de tres añitos se coma una babosa. Esto, esto me da risa.

Y una ocupación: reflexionar sobre mis orígenes pues yo sin padre, ni nadie, al contrario todos contra mí. A menos que mi destino sea la prueba de la existencia del padre, pero sólo lo sabré al final.

Al principio, no sabía que era el principio, nunca lo había visto, no deseaba verlo. Me había puesto ahí, un guardia me lo había dicho por lo que yo no lo ignoraba pero ese saber no era más que condensación de palabras que venían de la boca de otros. En mi opinión. el jardín y yo. estábamos unidos más estrechamente que el guardián y

yo. Tenía incluso la certeza de que el jardín y yo estábamos hechos de la misma sustancia, arena y mantillo frotaban mis huesos, musgos helechos violetas y strelitzias me empujaban en la piel, me estiraban los miembros. En la primavera dejé que las orugas me transitaran formando procesiones alazanes y apacibles y cuando formaban anillos movibles en mis dedos separados, mi piel tenía la rigidez de una corteza. Me gustaba la arena mucho más que mi propia carne. Un día me caí, tenía las manos llenas de arena, no quería soltarla. Locura, dirían los guardias, mientras arena, hay más que todas las manos de todos los hombres de toda la tierra no podrían agotarla: pero me gustaba. ¿Se deja caer lo que se quiere porque hay otros objetos? Y ¿quién me hubiera devuelto el mismo puñado! ¿Quién me hubiera asegurado que experimentaré la misma sensación de felicidad absoluta con otros granos? ¿No se sabe que la felicidad está hecha justamente de la conjunción única de miles de granos irremplazables, tenidos en una mano única, al igual que no se sabe con quien nos casamos, ¿con la mano o con la arena? Es por lo que yo procuraba no perder la felicidad que había alcanzado después de un largo día de titubeos donde había cogido, pesado, sacudido, rechazado decenas de puñados de granos de los que ninguno salvo precisamente el último, me había colmado. Es por lo que me caí con una bruta rapidez y mineral e iba a tropezar con el suelo en tres sitios. con el parietal derecho (pues había intentado levantar de nuevo la cabeza), con la punta de mis codos hacia delante, con mis manos apretadas contra mi vientre, y con las rodillas. Debido al choque, una de mis rodillas, la derecha, reventó; una vez echado sobre el flanco derecho, debí dormir pues me daba el sol en la espalda en el momento en el que mi rodilla se quebró, y el sol formaba con mi ojo izquierdo un ángulo de 45 grados en relación a la tierra cuando lo vi de nuevo. En mi ausencia, no había soltado mi arena. Hubiera podido hacerlo voluntariamente o no, pero no suelto nunca cuando amo.

Como era tarde, debí levantarme. Había que continuar viviendo. Me miré. Me veía bastante mal. Veo mal a las personas mientras que percibo la diferencia de calibre, de aristas, de brillante, de peso entre dos o tres granos de arena. Me veía mal, pero tenía la costumbre moviéndome y tocándome, sabía reconocerme. Me veía incluso bien con los dedos. Me costaba moverme. Estaba cansado, no descartaba una cierta pereza, en fin habían salido de mi rodilla unas materias pegajosas y me adhería al suelo provisionalmente. La sangre me impedía moverme y reflexionar. Esparcí un poco de mi arena arriba y el resto sobre mi pierna. La tierra olía bien. Algunas hormigas estaban pegadas por la sangre en mi pierna pero agitaban todavía sus antenas, me zampé cuatro o cinco. Cuatro o cinco bombas cayeron por error en el jardín.

Todos gritaron: ¡“aquí están!, ¡“aquí están!” A cada cual su turno.

Eran las sirvientas quienes corrían más deprisa. Pasaron por arriba tan deprisa que no tuve tiempo de mirar entre las piernas: a este paso no veía más que un enorme muslo de cien pies. Los guardias corrían, sentían vergüenza, se paraban, corrían. Los oí pasar, sobre todo a los que corrían mirando por arriba del hombro y a los que me daban un puntapié en la rodilla, lo cual hacía que la arena se cayera. Finalmente todo el mundo pasó menos yo. Un momento más tarde una bomba cayó justo donde creí tener un ombligo. Salté. Antaño hubiera tenido miedo. Pero ahora sabía que el jardín era yo.

Yo era el jardín, yo estaba dentro, yo estaba hecho de diamantes únicos y no tenía nombre. Tierra, Tierra, grité.

Texto original:

Un vrai jardin, Cixous Hélène. Edit. Hélène Cixous et L'herne. 1971, Paris.

Un vrai jarditi. Cixous Hélène. Edit. Des Femmes, 1998. Paris.